



AÑO IV

← BARCELONA 7 DE DICIEMBRE DE 1885 →

NÚM. 206

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA BELLA, notable cuadro del Tiziano

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—EL ENTERRADOR DE VALSOMBREDA, por don Angel R. Chaves.—TRINIDAD, por don José Campo-Arana.—EL TORRENTE DEL DIABLO (conclusion), por doña Josefa Pujol de Collado.—EL BROCKEN Y LAS MINAS DEL HARZ (Alemania), por C. G.

GRABADOS: LA BELLA, cuadro del Tiziano.—EL ACUARIO, cuadro por Carlos Heyden.—LA SERENATA, cuadro por F. Zonaro.—MARINA, cuadro por E. Dücker.—GUZMAN EL BUENO, cuadro por Martínez Cubells.—ALEJANDRO DE BULGARIA.—MILANO I OBRENOVITCH, rey de Servia.—PINABETES CUBIERTOS DE ESCARCHA Y TRASFORMADOS EN MOLES DE HIELO EN EL BROCKEN.—POSTES TELEGRÁFICOS CUBIERTOS DE ESCARCHA EN LA CIMA DEL BROCKEN (tomados de una fotografía del Dr. Assmann).

NUESTROS GRABADOS

LA BELLA, cuadro del Tiziano

En nuestro número 203 nos ocupábamos de este ilustre maestro, fundador y aun no igualado artista de la escuela veneciana. El cuadro suyo que hoy publicamos, grabado de tan clásica manera que permite apreciar muchas de las bellezas del original, demuestra la fuerza de ejecución del profesor consumado y confirma lo que en otras ocasiones dejamos dicho, ó sea, que un simple retrato puede constituir una obra de arte, por más que raras veces lo sea.

A los historiadores de la pintura ha preocupado y preocupa quién haya sido el original de ese cuadro, cuya hermosura merece ciertamente guardar el sobrenombre de *Bella*, á falta de nombre y apellido que descubran á la incógnita. Ya dijimos en otra ocasión que grandes damas de aquel tiempo habían transigido con los naturales escrúpulos de su pudor á trueque de ser convertidas por Tiziano en Vénus y Dianas, en Danaes y en toda suerte de tipos mitológicos. La investigación de incansables eruditos ha dado generalmente con la clave de esa transformación del miserable cuerpo mortal en divinidad olímpica: *la Bella* es una de las pocas retratadas del Tiziano que no tienen fe de bautismo en los estudios sobre las obras del maestro.

Y sin embargo, debió ser uno de los tipos favoritos del gran pintor, puesto que lo reprodujo en distintos lienzos. Así, por ejemplo, cuantos hayan visitado el museo del palacio Pitti, donde se encuentra *la Bella*, han de recordarla en otro cuadro de Vercelli que posee la Galería de *los Oficios*, ambos lienzos en la ciudad de Florencia. *La Bella* continúa, por lo tanto, ocultando su registro civil; pero el mundo artístico la conoce y, fuera princesa ó villana, la ha discernido el premio de París.

EL ACUARIO, cuadro por Carlos Heyden

No puede negarse que en la elección de asuntos pictóricos hay también sus modas, como las hay en trajes y en muebles, en peinados y hasta en barbas.

Hubo un tiempo en que la mitología y el cristianismo preocuparon casi exclusivamente á los artistas. Se comprende que así fuera, porque la mitología se prestaba á los estudios del desnudo, y el cristianismo, verdadera antítesis, se prestaba á las sublimes inspiraciones de los que entreveían el purísimo cielo de Cristo y sus elegidos.

Hoy la cosa ha variado mucho: las mujeres no se entusiasman por el arte, ni están tan enamoradas de sus gracias que expongan sus bellas formas, por coquetería ó por orgullo, ante un Tiziano ó un Rubens. Las damas, las verdaderas damas, se retratan honestamente, ó si se prestan á servir de modelo á los artistas es para asuntos nobles, como el del cuadro de Heyden que hoy publicamos.

Este cuadro, por más que pudiera calificarse de composición, trasciende á retrato; pero esto no impide que sea agradable y que tenga accesorios valiosos como ejecución. Es una madre en el ejercicio de sus funciones: si la idea es de ella, muestras da de buena madre; si la idea es del pintor y éste no es padre, merece serlo.

LA SERENATA, cuadro por F. Zonaro

La escena tiene lugar en Padua: un grupo de esos estudiantes á quienes se encuentra más habitualmente en el café que en las aulas, se atraviesa en el camino de dos damas, que no parecen mortificadas por la aventura.

En rigor, el título con que el autor da á conocer su cuadro no es bastante exacto, pues los tales estudiantes no dan serenata alguna, aunque pudieran venir de darla. Lo más posible es que hayan perdido la noche, que las frecuentes libaciones hayan excitado su natural buen humor, y que al tropezar con dos jóvenes bonitas rompan el freno que la buena educación impone á la misma galantería.

El grupo de los estudiantes está bien dibujado y sentido: la expresión de los semblantes, las actitudes de todos ellos, en que no domina la mejor corrección social, demuestran claramente que los tales muchachos no han pasado la noche velando enfermos.

En la expresiva fisonomía de las damas se echa de ver que hartamente comprenden el estado de excitación de aquellos; mas aunque la prudencia las impone el deber de hacerse las desentendidas, el encuentro las parece más risible que peligroso. El conjunto del cuadro es simpático y nos demuestra que Zonaro interpreta con acierto las escenas de costumbres.

MARINA, cuadro por E. Dücker

El talento no se mide á varas. Si lo contrario fuera, el del autor de este pequeño cuadro mediría muchas más

que su obra. Hay en ésta, luz, ambiente, y verdad, y cierta poesía vaga como la inmensidad del firmamento contemplada desde la playa.

GUZMAN EL BUENO, cuadro por Martínez Cubells

La hazaña que mereció el sobrenombre de *Bueno* á don Alonso Perez de Guzman, es de sobra popular para que nos entretengamos refiriéndola. Siendo su interés verdaderamente dramático, no es extraño que distintos artistas, al igual que varios literatos, la hayan trazado en sus composiciones, con la particularidad de que casi todos han colocado junto al gobernador de Tarifa á su esposa, sin duda para que la energía del soldado se destaque más junto á la desesperación de la madre. En esta situación presenta el cuadro que publicamos á los protagonistas de la patriótica hazaña.

La obra no carece de vigor y está bien concebida; pero el autor parece haber titubeado en el momento de ejecutarla, y de aquí cierta falta de naturalidad ó de espontaneidad en las figuras. A pesar de ello, el cuadro es recomendable, y aún no siempre los grandes hechos históricos han tenido tan feliz interpretación, por lo mismo que este es el género pictórico más difícil de cultivar.

ALEJANDRO DE BULGARIA

El príncipe Alejandro de Bulgaria, que en 1879 fué elegido para ocupar el trono del Estado de este nombre, de reciente formación, y que últimamente asumió la soberanía de la Rumelia Oriental, es el segundo hijo del príncipe Alejandro de Hesse, hermano de la última emperatriz de Rusia. El príncipe Alejandro fué en un principio oficial en el ejército prusiano, y sirvió al Czar de Rusia en la guerra ruso turca, hallándose en el sitio de Plewna. En los últimos seis años, el trono que ahora ocupa ha distado mucho de ser para el príncipe un lecho de rosas, pues casi inmediatamente después de su acceso al mismo comenzaron las diferencias con los rusos, con motivo de la tutela que éstos querían mantener sobre los asuntos de Bulgaria, así civiles como militares. Su aceptación, últimamente, de la soberanía de la Rumelia Oriental, proclamando la unión de las dos Bulgarias, ha colmado el entusiasmo de sus súbditos, que pusieron sus vidas y haciendas á disposición de su soberano para el caso de que la crisis diese lugar á la guerra. El príncipe Alejandro es de elevada estatura y apuesto continente, contando ahora veintinueve años de edad.

MILANO I OBRENOVITCH, rey de Servia

Milano I, actual rey de Servia, nació en Jassy en 1854, y era el único nieto de un hermano del príncipe Miloch I, cuyo hijo y sucesor, Miguel I, no teniendo descendencia, le adoptó solemnemente. Milano se educó en París en el colegio de Luis el Grande; cuando fué asesinado su primo el príncipe Miguel, proclamóse príncipe reinante, y fué consagrado el 2 de julio de 1868. El 22 de mayo de 1872, llegado á su mayor edad, dió á su pueblo un notable manifiesto político que mereció la aprobación de toda Europa; y en 6 de marzo de 1882 proclamóse rey de Servia, en virtud del tratado de Berlín.

EL ENTERRADOR DE VALSOMBREDA

I

Si no me equivoco el pueblo se llama Valsombreda y aun creo que no dista mucho de Burgos. Su posición es de lo más extraño que puede darse. Situado en una estrecha cañada, que forman dos inmensas montañas cortadas á pico y siempre cubiertas de nieve, parece que sus escasas y miserables barracas han querido ocultarse de tal manera á la mirada de todos, que hasta el sol mismo, ignorante sin duda de su existencia, jamás ha dorado sus techos con sus vivificadores rayos.

Sumido en un eterno invierno y en una noche casi constante, ni una flor brota del árido suelo, ni una planta olorosa embalsama el aire, ni nadie ha visto jamás que en la alta torre de su iglesia vaya á anidar una de esas errantes golondrinas que vienen todos los veranos á contarnos con su ininteligible charla las cosas que ha visto al otro lado del Estrecho. Los mismos reptiles que anidan entre sus piedras se deslizan silenciosos, como si temieran turbar el fúnebre silencio que reina allí.

Se diría que aquella, ya que no la ciudad de la muerte, era uno de sus arrabales. Para que la ilusión sea completa, el único lugar que rompe un tanto la monótona hostilidad de aquella muerta naturaleza, es el cementerio.

II

No recuerdo qué extraña casualidad me había llevado á tan miserable pueblo; pero lo que sí recordaré mientras viva, es que una de las pocas tardes que pasé en él me dirigí al lugar en que descansan los muertos.

Cuatro paredes de informes pedruscos pardos y sin otra unión que el musgo que brotaba de los intersticios, limitaban un campo rectangular de corta extensión. La puerta, tan rústicamente labrada como los muros, estaba abierta. Mi afición á la paz y al recogimiento que en tales lugares se respira, me hizo entrar.

La escasa vegetación de tan ingrato suelo parecía haberse refugiado allí. Una musgosa y pálida yerba que cubría el suelo dejando asomar á trechos la terrosa superficie, hacía el efecto de una raída alfombra, que el paso continuo hubiese llenado de agujeros. Algunas tre-

padoras bardanas y unos cuantos amarillos lampazos se arrimaban á las paredes, no sé si porque teniendo la conciencia de su propia debilidad buscaban un fuerte apoyo, ó si porque asustados de la soledad trataban en vano de huir. Lo único que indicaba que bajo aquel suelo dormían el sueño eterno algunos seres humanos, eran unas cuantas cruces de madera toscamente labradas y dos ó tres montecillos de piedras con que una mano cariñosa había señalado tal vez una tumba querida.

Embargado por la dulce melancolía que en nuestra alma, nostálgica sin duda del más allá, despierta la soledad y el recogimiento de un cementerio, mis ojos tropezaron con la figura de un hombre.

Su aspecto hacía fijar en él involuntariamente la atención. Su traje completamente negro y en nada parecido al de los habitantes de la sierra, no estaba exento de cierto sello de distinción. Sus facciones finas y correctas, aunque un tanto descompuestas, y sobre todo una frente ancha y espaciosa, que en vano trataban de ocultar algunos desordenados mechones de cabellos negros como las alas de un cuervo, estaban cubiertas de esa amarilla palidez que tienen las estatuas antiguas. Sus ojos dulces y tristes, despedían una claridad azulada, como si hasta ellos llegara el resplandor del misterioso nimbo de los fantasmas que aquella mirada vaga é inquieta, debía estar contemplando eternamente. En aquel hombre se conocía desde una legua que miraba más hacia dentro que al exterior, es decir, de esa manera que, según el vulgo, es peculiar exclusivamente de los locos y de los soñadores.

No sé si un presentimiento de compasión ó de simpatía me arrastraba á aquel hombre, pero lo cierto es que, sin ser dueño de contener mis impulsos, me decidí á sacarle de la meditación en que parecía estar sumido.

—Buenas tardes, amigo,—le dije acercándome al sitio en que se encontraba.

—¿Es V.?—murmuró fijando en mí sus dulces ojos.—No sé por qué tenía confianza en que no se iría V. del pueblo sin haberme hablado.

—¿Me conoce V.?—le pregunté con extrañeza.

—Sí,—me contestó con seguridad.—Nos hemos debido ver en alguna parte, no importa dónde... pero el hecho es que desde que le ví aquí por primera vez dije para mí: «Ese es el único hombre que puede comprenderme.»

—¿Me podrá permitir preguntarle su nombre?

—¿Mi nombre? Hoy eso es lo de ménos. Aquí me llaman *el loco*; tal vez tienen razón para llamarme así. Un enterrador que piensa en otra cosa que en remover la tierra con la azada, es un hombre privado de razón. Bueno es que V. lo sepa, yo estoy loco.

Había tal amargura en sus palabras, sus razonamientos estaban tan en abierta contradicción con aquel aserto que, sin acertar la causa, me estremecí. Pero mi extraño interlocutor, saliéndome al encuentro, me distrajo diciéndome con dulzura:

—Usted no se asustará. Creo que somos compañeros.

—¿Compañeros?—referí un tanto amostazado.

—Sí,—continuó con la misma dulzura;—V. también es un loco que de seguro se olvida de las fosas que tiene que cavar.

Al oír tales palabras no pude ménos de sonreír.

—¿Pero V. cree que también yo soy sepulturero?

—Me figuro que no. Sin embargo he oído decir que es usted poeta, y de seguro no le faltará alguna ocupación de que le distraigan esos sueños que turban la razón de los que buscamos algo que no hay aquí abajo.

—¿Es decir que V. también hace versos?

—Sí,—me contestó como si hiciera un esfuerzo sobre sí mismo.—Usted es la primera persona en el mundo á quien hago esta revelación. Los hago, sí, y creo que mis versos están por encima de los de muchos poetas que han dejado escritos sus nombres en mármoles y en bronce. No se ría usted de mí; tengo la seguridad de que mi fama eclipsará algún día la de todos ellos.

Al decir esto su mirada se extraviaba; el color mate de sus mejillas se tornaba cada vez más amarillo y sus pálidos labios se agitaban de una manera convulsiva.

Lo confieso; el sitio, la caída de la tarde, la fosa, mal cerrada todavía, que aquel hombre tenía á sus pies, y aquellas extrañas palabras que lo mismo pudieran ser el parto del cerebro de un loco, como la protesta de un hombre superior al medio en que vivía, me causaban una impresión parecida al miedo.

El enterrador pareció leer en mi semblante la duda, y como si tratara de arrojar de sí todo lo que pudiera darle apariencia de un enajenado, me dijo con su acostumbrada dulzura:

—Quisiera pedir á V. un favor. Si V. tiene la paciencia de escuchar mis versos, después juzgará. Yo mismo, no sé si la razón es mía ó de esos pobres aldeanos. ¿Tiene V. dificultad en venir á mi casa?

Yo le seguí sin vacilar. La impaciencia me devoraba. Mientras el extraño personaje cerraba la puerta del cementerio, yo no hacía más que observar sus facciones. Unas veces me parecía verlas iluminadas por los resplandores del genio; otras me las figuraba sumidas en las tinieblas de esa noche del espíritu que se llama locura.

III

Aquello no era una casa; era una fosa un poco mayor que las del cementerio, pero que ni siquiera tenía á su alrededor aquellos amarillos lampazos, ni aquellas raquícas bardanas.

Por todo mobiliario había en ella una especie de mesa y dos taburetes que cualquiera diría labrados en la madera de dos ataúdes medio podridos por la humedad.

Un hueco enorme abierto en una de las paredes servía de hogar. En él chisporroteaban unos secos leños, y una tea resinosa colgada de un clavo, llenaba de humo mejor que alumbraba aquel negro cuadro.

Mi nuevo conocido estaba sentado en la penumbra que formaba uno de los rincones de su estancia. En sus manos tenía un cuaderno de hojas amarillentas en que clavaba aquellos ojos, que tan pronto tenían toda la serenidad del cielo, como dejaban cubrir toda la negrura del abismo.

Su voz, rica en inflexiones y armoniosa como un instrumento musical, leía. Se hubiera dicho que la mano del rey-profeta agitaba las cuerdas de su divino salterio.

Lo que leía eran versos; mejor dicho, unas rimas informes, incorrectas, mal rimadas a veces, tersas y llenas de galanura otras; pero siempre grandiosas, con esa grandiosidad del Océano que hace pensar en los abismos que oculta.

Allí estaban concentradas la indignación de Dante, el pensamiento de Goethe, la amarga risa de Rabelais y de Cervantes, la serenidad de Milton, el sarcástico escepticismo de Byron y de Heine. Se creía escuchar el lamento de Job, la amenaza de Isaías, la carcajada de Juvenal. Pintaba a los hombres como Shakespeare, a los héroes y los dioses como Esquilo, a la naturaleza como Lucrecio. Miraba con serenos ojos los vastos horizontes llenos de luz de Víctor Hugo, y tenía para todas las miserias de la tierra, ora la sonrisa demoleadora de Arouet, ora la actividad reconstructora de Juan Jacobo. Era, en fin, al propio tiempo, el látigo que flagela y el bálsamo que se derrama sobre la llaga abierta.

Y todo aquello salía de sus labios como el rugido de un Sinaí, pero de las nubes que se apiñaban en torno suyo, surgía no el rayo que abrasa, sino la antorcha que ilumina.

El gesto, la actitud, la voz de aquel hombre, era a veces la de un inspirado, a veces la de un poseído. Se hubiera dicho que en él habían encarnado su espíritu todos los profetas para inculcar a la humanidad un código tan grande como el evangelio.

Yo le escuchaba con un recogimiento que tenía mucho de espanto. Me parecía que leía, no para mí, sino para las generaciones que habían de sucederme, y aquel cuerpo débil y enfermizo se trasfiguraba a mis ojos, tomando gigantescas proporciones, y ese nimbo de impalpable luz que rodea el genio, iluminaba su frente contraída.

Por fin el cuaderno se cerró. Las facciones del extraño lector perdieron su tensión, y sus ojos fueron anublándose poco a poco.

Yo, sin ser dueño de contener mi admiración, me acerqué a él, tomé con más respeto que amistad una de sus manos y murmuré:

—Deme V. ese cuaderno. En él está la confirmación de lo que antes me decía. Démele y yo le respondo que dentro de poco el mundo se postrará a sus pies.

Una estridente carcajada fué la única contestación que recibí.

Después, ocultando el cuaderno como si temiera que hasta el contacto de mi mirada robara parte de los tesoros que contenía, gritó con un rugido semejante al de la pantera que defiende sus cachorros:

—¡Es mío! ¡es mío!

Yo le miré con lástima. Mi compasión le calmó.

—¿Usted quiere dar a conocer mis versos?—murmuró recobrando su dulzura acostumbrada.—Pues bien, aun no es tiempo. Día llegará en que pueda V. cumplir su promesa.

Y poniéndose en pie, añadió con un acento que no dejaba lugar a la réplica:

—Los dos tenemos necesidad de descansar.

Un momento después salía de aquella casa un poco mayor que las fosas del cementerio.

En el umbral se destacaba la figura del enterrador que iluminaba la tea resinosa con que me alumbraba. Su aspecto hacía comprender el apodo del loco con que sus convecinos le designaban.

IV

Al día siguiente tuve necesidad de dejar el pueblo. Impresionado por mi singular encuentro, apenas había podido pegar los ojos en toda la noche. Cuando despuntó el alba corrí a la casa de mi extraño amigo, pero la casa estaba desierta.

Cref encontrarle en el cementerio, pero allí reinaba la misma soledad. Llegué a creer que la simpática figura de aquel hombre, que aquel cuaderno de hojas amarillas que yo tenía delante de los ojos, como el adolescente la imagen de la mujer amada, eran no más que la creación de un sueño. Entonces me decidí a partir.

Yo, que sin pena había dejado tantos encantadores paisajes, tantos lugares risueños, sentía partirseme el alma al dejar aquellas tierras áridas y siniestras.

De pronto, cuando el mal cuartago que montaba hubo traspuesto uno de los recordos de la cañada, cuando, para siempre tal vez, iba a perder de vista aquel pueblo olvidado de todos, en una peña que se levantaba encima de mí, descubrí la figura de un hombre vestido de negro que agitaba entre sus manos un cuaderno cuyas hojas amarillas no tardé en reconocer.

¡Era él! A pocos pasos, una caterva de chicuelos le señalaba con el dedo gritando:

—¡El loco! ¡el loco!

El hombre me miró. Clavó los ojos con indecible angustia en aquellas hojas de papel y pareció murmurar:

—¡Me lo habeis prometido!

Yo le hice una señal afirmativa y seguí mi marcha. Poco después ya nada se veía. Solo un eco lúgubre y siniestro zumbaba en mis oídos repitiendo sin cesar:

—¡El loco! ¡el loco!

V

Lo ménos habían pasado diez años, y como en el corazón humano duran tan poco los sentimientos que tenemos por más indelebles, no es de extrañar que yo no me acordara para nada del infeliz enterrador de Valsombreda.

En Burgos había ido a pasar un verano. Había hojeado ya una por una todas esas páginas de piedra con que la antigua corte de Castilla ha dejado escrita su historia, y porque no me quedara nada por ver, fuí una tarde a visitar el Hospital provincial, dirigido en aquella sazón por un discípulo mío.

Ya habíamos recorrido con la mayor escrupulosidad todas las dependencias, é iba a dar por terminada mi visita, cuando el celoso director se volvió a mí diciendo:

—Me olvidaba enseñarte la sala de dementes. Hoy no tengo en ella más que un pensionista; mañana ya no habrá ni aun ese; pero si quieres, puedes ver el departamento.

Y diciendo esto abrió la puerta de una habitación en que se veían hasta media docena de camas, de las cuales cinco estaban vacías.

El desdichado que agonizaba en la sexta era el enterrador de Valsombreda.

Al ruido que produjeron nuestros pasos, enderezó penosamente la cabeza y un suspiro de satisfacción se escapó de su débil pecho.

—Sabía que no podía V. faltar y le esperaba con entera confianza.

Yo no supe qué contestar. Estreché su mano entre las mias y mis ojos vertieron una lágrima... Tal vez de arrepentimiento por haber olvidado al que sin duda no había dejado de pensar en mí.

Nuestra entrevista fué breve. No ignoraba que le faltaban muy pocas horas para morir y esperaba la muerte como se espera una antigua amiga.

Al separarnos, sacó un objeto de debajo de la almohada y recatándose de la vista de todos me le enseñó. Era el manuscrito.

Yo me iba a lanzar a él; pero él volviéndole a esconder precipitadamente, murmuró:

—No; aun no es tiempo. Mañana, cuando haya espirado, ese cuaderno será de usted.

—Y yo le juro que cumpliré la promesa de dar a conocer su nombre,—contesté con solemnidad.

La misma extraña carcajada que me contestó en el cementerio de Valsombreda, salió entonces de su pecho.

Después, una postración que se apoderó de él, me obligó a dejarle.

Cuando a la mañana siguiente volví a visitarle, sólo había ya un cadáver en el lecho de la sala de dementes.

Sus manos crispadas, estrechaban el manuscrito. Sus facciones, sin haber perdido nada de su habitual serenidad, parecían contraídas por la carcajada con que me había despedido la tarde anterior.

Tengo el remordimiento de no haber cerrado siquiera sus ojos. La impaciencia que me devoraba, me impidió detenerme después que hube arrancado aquellas hojas amarillentas de entre los crispados dedos del cadáver.

Cuando cruzaba la calle no parecía sino que la locura de aquel hombre se me había comunicado. Si los vecinos de Valsombreda me hubieran visto, de seguro me hubieran gritado, como en otro tiempo le gritaban a él: ¡Al loco! ¡al loco!

Al llegar a mi casa recorrí una por una todas las hojas del cuaderno. Ni una letra había en ellas. Todas estaban en blanco. Indudablemente el poeta, cuyo nombre debía haber sido asombro de los siglos, no sabía escribir.

Un epílogo.

¿Era efectivamente un loco el enterrador de Valsombreda? Jamás me he contestado satisfactoriamente a esta pregunta. Lo único que puedo decir es, que desde el desenlace de aquella aventura, siempre que encuentro en mi camino un loco, me digo: «Tal vez es un genio que carece de medios de expresión.»

ANGEL R. CHAVES

TRINIDAD

POR DON JOSÉ CAMPO-ARANA

El vizconde de... había comido admirablemente en casa de la señora de... cuya mesa tiene fama en Madrid, tanto por lo delicado y sabroso de sus *menus* como por el círculo distinguido que la frecuenta, en el que alternan el talento y la hermosura, la gracia y el poder.

¡Cuántas credenciales se han repartido en aquel comedor elegantísimo a trueque de sonrisas y promesas! ¡Cómo se depuran y aclaran allí las maliciosas oscuridades de la crónica madrileña! Sobre todo, ¡qué bien se come!

Perdone el lector este tributo, rendido al jamon con espinacas y a los salmonetes a la parrilla por un estómago agradecido, digresión que, sobre ser justa, habrá convenido al lector de que el vizconde había comido admirablemente.

El calor era imposible, y el héroe de esta historia, bajando por la calle de Alcalá al prudente paso que determina la natural pesadez de una digestión laboriosa, y el

humo de un cigarro que nada tenía que ver con las rentas del Estado, vacilaba en elegir sitio donde pasar la noche. Los anuncios brillantes colocados cerca de la iglesia de las Calatravas y café de Fornos, llamaron su atención, pero la fuente monumental de los jardines del Buen Retiro le atrajo con su intensa luz y el vizconde, atravesando la calle de Alcalá, dejó en el despacho de billetes la imprescindible peseta y se internó en la microscópica alameda que conduce al paseo.

Era noche de concierto. Los emigrantes de la buena sociedad no habían comenzado su viaje anual al Norte; todo Madrid, por consecuencia, estaba allí. Los verdes bancos del paseo parecían ramos de flores; el *tendido de sol*, título con que se conoce el trozo comprendido entre la calle de entrada y la que da acceso al teatro por la izquierda, estaba lleno de espectadores; el kiosko semejava un castillo de fuegos artificiales sitiado por un ejército de enanos.

El aire, agitado por la batuta del maestro Chapí, vibraba nerviosamente en los *allegros* calmándose en los andantes y llegando a los espectadores con acompasadas ondas de cada vals para arriar con furia tempestuosa en los últimos compases. La música podía comprenderse bien con un poco de buena voluntad y frecuentes preguntas al programa. Era, en fin, el concierto eterno de los mártires y los viérnes; no faltaban ni siquiera un par de escándalos ocasionados por la falta de sillas. ¡Oh patria bendita de las tradiciones!

El vizconde dió una vuelta, saludando, sin detenerse, a sus amigos y amigas, reconociendo terreno antes de tomar posiciones, como buen general, y, todavía no informado, empezó la segunda cuando los aplausos del público y el movimiento general le hicieron comprender que una parte del concierto había terminado.

Aprovechó la ocasión para recorrer, como curioso, la indefinible concurrencia que forma el grueso y la avanzada del ejército melómano, ésta en los alrededores del kiosko y aquél entre el paseo y el teatro, masa heterogénea, donde puede hallarse un gran artista, populares escritores, estadistas, académicos, diputados, siempre algún ministro con su cohorte, y una turba de esos mil autorcillos en francés, que roen los teatros por horas y la literatura dramática y usan con orgullo de autor del derecho de lucir su fisonomía y su renombre tomándose el de criticarse mutuamente con un amor digno de *Calixto y Melibea*.

Para un elegante, no tal como la sátira los pinta, sino como en Madrid viven y gozan, sin llamar la atención por su guardarropa ni por sus hábitos femeniles, pero esclavos siempre del buen tono, insensibles aun a la gracia y la hermosura cuando no van unidas a la elegancia y la riqueza; para uno de esos felices seres, los jardines no tienen más que bancos y paseo; el mismo *tendido de sol* es una transacción vergonzosa.

Seguramente no pertenecía a esta privilegiada raza una mujer de 24 a 25 años, espléndidamente hermosa por la gracia y la pureza del rostro y por lo rico y armónico de las formas que más hacía resaltar el traje negro, sencillo y ligero que las ocultaba.

Recostada contra una frondosa morera, dosel siempre disputado en las noches de concierto, y colocados los pies en el palo de una silla, parecía escuchar con atención la música y mirar sin interés a los que pasaban durante el descanso, dignándose apenas dirigir la palabra de tiempo en tiempo a otra señora, ni jóven, ni bella, ni respetable, que la acompañaba.

Un círculo de esos eternos enamorados que en Madrid persiguen a todas las mujeres con miradas lánguidas ó atrevidas galanterías, formando escolta de ellas a la salida de los espectáculos, siguiéndolas con empeño una noche para no volver a buscarlas, rodeaba a las dos que hemos bosquejado, sin que de la primera pudieran conseguir más que una indiferente mirada de curiosidad.

Al terminar la primera parte del concierto unos abandonaron el sitio y otros apretaron el cerco, rectificando las posiciones, aunque sin resultado favorable.

Empezaba la segunda con la *overtura de El Poeta y la Pastora*, y el vizconde, aficionado distinguido, se propuso oír lo mejor posible esta graciosa inspiración. Las sillas abandonadas por los admiradores de la hermosa enlutada presentáronsele al paso; el sitio era bueno, y tomando una de aquellas, se dispuso a esperar, entreteniéndose en examinar la *gente* de alrededor. Sus miradas distraídas fijábanse indistintamente ya en uno ya en otro grupo, causando, sin saberlo, un grave disgusto a un marido celoso, cuya cónyuge no debió encontrar del todo antipático al nuevo vecino, opinión en la que seguramente coincidía una señorita colocada cerca de ambos, a juzgar por las miradas que dirigía al recién llegado y las frecuentes y un tanto excesivas carcajadas con que ilustraba la conversación con una amiga.

Ignorante el vizconde de sus triunfos, y sin haberse fijado aún en la mujer vestida de luto, que uno de los perseguidores le ocultaba, vió con placer colocarse en sus puestos a los profesores y oyó con satisfacción la señal dada por el autor de la *Fantasia morisca* con su batuta.

Empezó la *overtura*; un movimiento de la mujer hermosa, produciendo otro de su perseguidor, terminó el eclipse, y el vizconde logró hallar el complemento necesario a la emoción artística que buscaba. Oír un buen trozo de música con los ojos fijos en una mujer hermosa, es el colmo de la felicidad.

¿Qué pasó en aquellos diez minutos que duró la *overtura*?

¡Quién lo sabe!... La noche templada, los *crescendos* y



EL ACUARIO, cuadro por Cárlos Heyden



LA SERENATA, cuadro por F. Zonaro

pianos de la orquesta, una mirada... Sea lo que fuera, al terminar la segunda parte del concierto el círculo de adoradores había desaparecido y sólo el vizconde quedaba cerca de la enlutada.

Pocos momentos después, Vazquez, el amigo íntimo del enamorado, pasaba á corta distancia de uno y otra, hizo un saludo al vizconde y retrocedió á saludar á la enlutada con la que entabló conversacion, de la que sólo copiaremos breves palabras.

(Continuará)

EL TORRENTE DEL DIABLO

(Conclusion)

Rosa, ciega de desesperacion, loca de dolor, se abalanzó hácia el conde con la fiera de la pantera herida, con el puñal en alto, pero Raimundo, sereno y robusto, la recibió en sus brazos, arrancó fácilmente el puñal que brillaba en la diestra de la desventurada niña, y le arrojó en mitad del rio.

—No seas loca, y deja de luchar contra lo imposible, —dijo friamente;—tú no puedes matarme ni yo quiero que te mates; lo que deseo es tu amor y la felicidad de los dos, lejos de estos sitios de tan funestos recuerdos.

—No me hables de vivir y de ser dichosa, quiero morir y reunirme con Pedro.

—Nunca lo consentiré, estás en mi poder y á tu pesar te arrancaré de la tranquila vida de la aldea. Vendrás conmigo á la ciudad y olvidarás á Pedro.

—¡Oh! no, —dijo el joven levantándose de repente como impelida por un resorte, miéntras una expresion sublime se retrataba en su rostro.—Dios viene en mi ayuda. Los grandes amores tienen su recompensa en el cielo, y yo soy de Pedro muerta ó viva, nunca tuya.

—¿Quién lo impedirá?

—Ya te lo he dicho, Dios, que venga al inocente y castiga al culpable, —exclamó Rosa elevando al cielo sus ojos llenos de lágrimas;—la Providencia se vale de un medio infalible para reunir á dos amantes desventurados: la muerte.

—Tarde será, porque ántes han de verse realizados mis deseos.

—Te equivocas; sin que yo manche mis manos con tu sangre criminal, no se hará esperar tu castigo: mira, —añadió señalando al rio.

El conde sintió que se le erizaban los cabellos, al ver la rapidez con que la barca corría, atraída por la fuerza de la corriente.

—¿Oyes?—dijo el joven prestando atento oído á un sordo rumor que por momentos se hacía más perceptible, —¡es el torrente! dentro de dos minutos habremos desaparecido en él, tú, para recibir en la eternidad el castigo de tus crímenes, yo, para obtener la recompensa de mi amor.

De una sola ojeada comprendió Raimundo lo crítico de la situación, el inminente peligro en que se hallaban sus vidas, puesto que la barca insensiblemente se había acercado al torrente, y la corriente la impulsaba hácia la catarata.

Rápido como el rayo, cogió los remos, intentó cambiar la dirección del débil esquife merced á sobrehumanos, á desesperados esfuerzos, pero pronto adquirió la horrible certeza de que era imposible vencer la atracción de las aguas.

Helado sudor bañaba la frente del miserable, en tanto que sus extraviados ojos buscaban en todas direcciones un punto de salvación.

Rosa permanecía de pie en la barca, con la sonrisa en los labios, transfigurada con la esperanza de morir y reunirse para siempre á su adorado Pedro. Al ver los desesperados esfuerzos del conde, se contentó con decir tranquilamente:

—No te canses, todo es inútil.

Tenia razón: la barca siguió corriendo con vertiginosa rapidez, llegando zozobrosa y trémula al borde de la catarata, donde vaciló un segundo.

Un vapor húmedo, extraño, aspiraron aquellos dos seres al borde del abismo. Rosa cayó de rodillas comprendiendo que había llegado el momento supremo, y Raimundo lanzó una maldición, cuyos ecos apagaron las bramadoras aguas.

Un momento después, los dos jóvenes y la barca desaparecieron para siempre entre el espantoso remolino de la catarata.

EPÍLOGO

A la mañana siguiente, los primeros aldeanos que abandonaron sus casas para dirigirse al campo y entregarse á sus habituales y rústicas tareas, hallaron el cadáver de Pedro á la entrada del risueño valle.

El desventurado joven aun tenía clavada en el corazón una daga, en cuya empuñadura se veían las iniciales del conde Raimundo, que los aldeanos examinaron con espanto.

La noticia cundió por el pueblo con rapidez, y bien pronto alrededor del cadáver se reunió consternada multitud, que comentaba la desgracia á su manera.

—¡Qué lástima!—decían unos,—¡tan joven, tan bello, tan feliz!

—¡Pobre Rosa!—exclamaban otros,—no podía esperar mayor desgracia el día de sus bodas!

Y todos contemplaban con estupor aquel cadáver frío,

rígido, que se llevaba á la tumba la explicación misteriosa de la escena que allí había tenido lugar.

Pálida y anhelante, también acudió al sitio de la catástrofe la anciana madre de Rosa, que no sabía explicarse la ausencia de su hija, á quien en vano buscara por la casa y sus alrededores desde el amanecer.

El corazón de la pobre madre, sin saber porqué, se hallaba oprimido por tristes presentimientos que tomaron cuerpo á la vista del cadáver de Pedro.

—¡Qué habrá pasado, cielo santo!—decía la infeliz vieja abriéndose paso entre el grupo que rodeaba al muerto, al propio tiempo que Blanca de Montbars, de regreso de su paseo matinal, detenía su caballo junto al camino, y al ver el cadáver de Pedro lanzaba un grito ahogado de desesperación. La joven dama llevó la trémula mano al pecho, como si hubiera recibido en él un golpe mortal.

En tanto la anciana se arrodillaba junto al cadáver, y al querer registrar afanosa la herida, sus temblorosas manos tropezaron con la daga del joven conde.

—¡Misericordia, Dios mío!—exclamó la anciana,—la daga del conde, ¡qué horror! porque esta es la daga del conde Raimundo; ¿no es cierto?—preguntó con creciente angustia dirigiendo su extraviada mirada á cuantos la rodeaban.

—Sí, sí,—dijeron todos.

—¡Qué inescrutables son tus designios, Dios eterno!—añadió la madre de Rosa;—con mi silencio he causado la desgracia de todos, incluso la de mi hija, que morirá de dolor al saber el triste fin de su prometido.—No pudo continuar, porque los sollozos ahogaron su voz.

Ninguno de los circunstantes se atrevía á interrumpir su dolor; sólo Blanca, la noble y altiva Blanca, haciendo heroicos esfuerzos para ocultar la horrible desesperación que laceraba su pecho á la vista del cadáver, consiguió dominar un tanto su agitación, y acercándose un poco más al grupo, dijo, dirigiéndose á la madre de Rosa:

—Buena mujer, creo que más que llorar, debiéramos buscar un médico, para ver si ese pobre mancebo vive aún.

—No, noble señora; hace muchas horas que ha muerto, está rígido ya, no late su corazón, y este horrible dolor que pesa sobre mi Rosa, también os alcanza á vosotros, los herederos del conde Juan de Montbars. Desgracias sin cuenta caerán sobre vuestra casa: os lo vaticino sin miedo de equivocarme.

—¿Por qué decís eso, buena anciana? ¿qué misterio encierran vuestras palabras?

—Pronto lo sabreis,—dijo la madre de Rosa, revolviendo las ropas del muerto y arrancándole del pecho un medallón.

—¿Qué es eso?—preguntó Blanca con interés, deseando apoderarse de aquel objeto, que miraba como sagrado por haber pertenecido al hombre que amaba.

—Un amuleto que la madre de Pedro regaló á su hijo al morir, recomendándole lo llevara siempre consigo, y haciéndole jurar que jamás lo abriría, sino en una circunstancia crítica, desesperada de su existencia, cuando no tuviera esperanza ni auxilio de nadie. María, la madre de Pedro, era muy hermosa, señora, tan hermosa como vos: nunca quiso casarse con los muchos jóvenes que pretendieron su mano, y un día desapareció de la aldea. Por espacio de tres años, nadie supo su paradero. Pasado ese tiempo, regresó al país nativo, envejecida, ajada su belleza, triste, y con un hermosísimo niño de la mano: era Pedro. En vano le preguntamos, nada quiso contestar á nuestras reiteradas preguntas; encerróse en la casita donde habían vivido y muerto sus padres, dedicóse por entero á su hijo, y á los cinco años de haber llegado al pueblo murió de dolor, no sin haber entregado ántes ese amuleto á su hijo, y hacerme á mí, su mejor amiga, la confesión del nacimiento de Pedro. Las breves líneas que contiene el amuleto os explicarán lo que yo dejo por decir, señora,—prosiguió la anciana,—pues comprendo que ha llegado la hora de las revelaciones, y quizá hubiéramos ganado todos hablando ántes.

Las arrugadas manos de la pobre vieja abrieron el medallón, rompieron luego una tela que servía de fondo á un rizo de cabellos de la madre de Pedro, y de allí sacó un pedazo de pergamino cuidadosamente doblado, que leyó en voz alta la joven dama. El pergamino decía así:

«Yo Juan de Montbars, conde del mismo nombre, de claro que Pedro Trouville es hijo mío, habido con María Trouville, y hago esta declaración, por si un día mi hijo necesita apoyo, deseando que, sin ser reconocido, se lo presten incondicionalmente sus hermanos, mis hijos y herederos, Raimundo y Blanca. Tal es mi voluntad.»

Un estupor profundo se retrató en el rostro de todos los circunstantes; en cuanto á Blanca, difícil sería describir lo que pasó en su interior al leer el pergamino. Muda, helada, quedóse inmóvil, sin acertar á pronunciar palabra alguna.

En aquel instante bajaban corriendo y dando desaforados gritos varios aldeanos.

—¿Qué ocurre?—preguntáronse unos á otros con creciente sorpresa.

—¡Una desgracia inmensa!

—Hablad.

—La maldición del cielo ha caído hoy sobre estos contornos.

—¿Qué decís?—preguntó Blanca saliendo de su atonía, —hablad pronto,—añadió con imperio procurando serenarse.

—Señora,—dijo tristemente el venerable párroco del pueblo, que había seguido á sus feligreses,—¿á qué ocul-

taros lo que al fin debéis saber, y tú también, pobre Teresa?—prosiguió dirigiéndose á la madre de Rosa.

—Decid, decid,—prorumpieron ambas mujeres,—no prolonguéis nuestra agonía.

—Acaban de encontrarse los cadáveres del conde Raimundo y de Rosa en el fondo del *Torrente del diablo*.

Después de las emociones pasadas, la funesta revelación arrebató á Blanca el imperio que sobre sí ejerciera, palideció espantosamente, quiso espolear su caballo para correr al sitio de la catástrofe, pero faltándole las fuerzas vaciló en la silla, y el cura acudió á sostenerla desvanecida, en tanto que la madre de Rosa, comprendiendo de lleno toda su desgracia:

—¡Maldición!—exclamó con sordo acento, y como herida por el rayo, cayó sin vida junto al cadáver de Pedro.

Pasaron cinco años. Al cabo de este tiempo, ya no existía el soberbio castillo, morada señorial de los condes de Montbars: en su lugar se elevaba un sencillo edificio que servía de refugio á una comunidad de religiosas benedictinas, de las cuales, por gracia especial del Pontífice, era abadesa Blanca de Montbars, único vástago que quedaba de su raza. Así, dedicada por entero á la religión, la noble joven esperaba aplacar la cólera del Señor, de un modo tan terriblemente manifestada, y á través de las austeridades de la vida monástica, trataba de ahogar los punzantes recuerdos de un pasado borrascoso, y sobre todo el loco amor que llegara á inspirarle su hermano Pedro, amor que unido al que sintiera el conde Raimundo por la infeliz Rosa, decidió la ruina de todos, y la muerte de tres seres nacidos para ser dichosos.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO

EL BROCKEN Y LAS MINAS DEL HARZ

(Alemania)

ASCENSIÓN AL BROCKEN

El Brocken es el punto culminante de las montañas del Harz, antigua dependencia del bosque Hercinio de los geógrafos griegos. Aislada en medio de las llanuras de Alemania, la mole del Harz, célebre por sus minas, destaca majestuosa sobre aquellas, entre el Elba y el Weser. Su forma general representa un óvalo ligeramente inclinado de noroeste á sudeste, de 90 kilómetros de longitud por treinta de anchura, en la dirección de norte á sur; su mayor altura en la cima del Brocken, ó Blocksberg, alcanza 1141 metros sobre el nivel del mar, por 141 de altitud en Quedinburgo, 257 en Goslar, 235 en Wernigerode, 182 en Nordhausen, y 217 en Sangershausen. Las estribaciones de más rápida pendiente, semejantes á los muros de una fortaleza, cuando se ven por Quedinburgo, cuna de Klopstock y de Ritter, elevanse sobre el lado nordeste por la parte de las llanuras más bajas. Los más de los valles son angostas grietas, profundamente socavadas en la meseta que la montaña forma en su conjunto. La composición del terreno, muy variada, presenta la mayor parte de las formaciones de la serie de los períodos geológicos, desde el granito y las rocas cristalizadas hasta los depósitos de sedimento de las épocas recientes. A causa de su aislamiento en medio de una región expuesta á los vientos húmedos del mar del Norte, el Harz presenta fenómenos meteorológicos muy notables.

Se sube al Brocken por varios caminos diferentes, á partir de Harzburgo, de Wernigerode, de Ilsenburg y de Elend, todos igualmente propios para formar exacta idea de la naturaleza del Harz. «Yo elegí, dice el autor del presente artículo, el camino del valle del Ilse, por haberse asegurado que se veían allí los restos de antiguos glaciales, pero con gran sentimiento mío no pude encontrarlos ni á la subida ni á la bajada, tal vez á causa del mal tiempo. Durante una parte del trayecto, el granizo me azotó el rostro, al subir por el Schnéeloch; y habiendo salido de Ilsenburg entre tres y cuatro de la tarde, llegué á la posada establecida en la cumbre poco ántes de cerrar la noche, enteramente solo, pues no encontré ningún guía. En toda mi excursión á lo largo del torrente del Ilse, y después á través de los bosques, no ví alma viviente; sólo hallé al paso algunos grupos de corzos que me miraban con curiosidad, y que al acercarme huyeron por las espesuras.

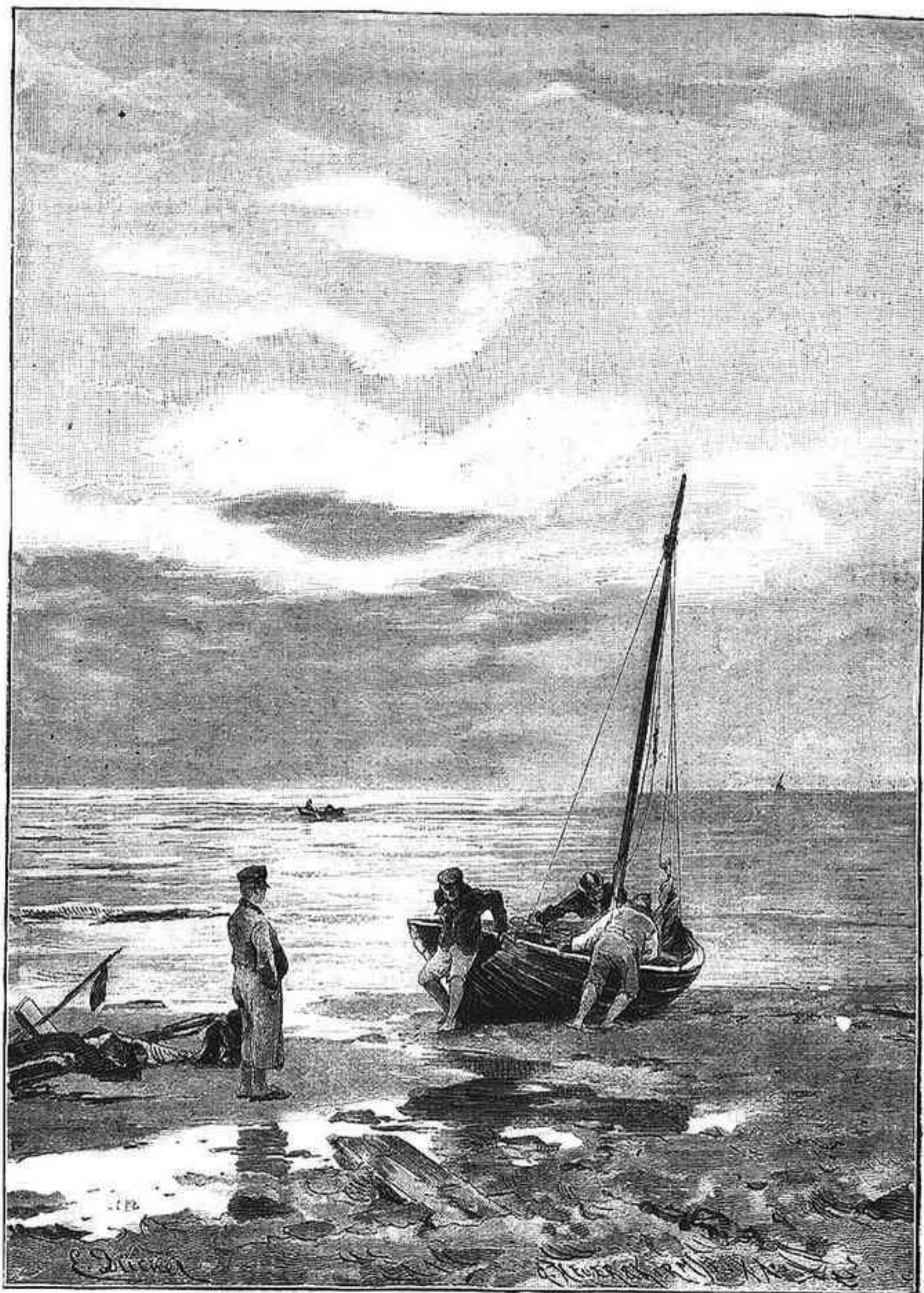
»El Ilse es un pequeño río, de corriente poco impetuosa, que forma graciosas cascadas sobre enormes moles de granito, y bajo la sombra de gigantescos pinabets negros; no es posible figurarse la transparencia y limpidez de aquellas aguas, en las cuales se ven numerosas truchas. Siguiendo el camino forestal desde Ilsenburg, hasta más arriba de las cascadas, encuéntrase el sendero del Brocken, que penetra en el interior del bosque, por la derecha, y está señalado por postes indicadores, ó por la letra B tallada en la corteza de los pinabets, ó en las rocas. Entre los 800 y los 900 metros de altitud se llega á una especie de vallecito abierto en el flanco del Brocken y completamente desnudo: es lo que llaman el Schnéeloch, ó *agujero de nieve*; esta última llena entre las rocas grandes espacios, visibles desde lejos, y en determinados sitios tiene algunos metros de espesor. Densas nubes y una niebla espesa rodeaban la montaña al cesar la lluvia; y sobre el Schnéeloch el bosque reaparecía formado por pinabets, cuyas copas cubrían inmensas moles de granito acumuladas unas sobre otras. Si no existiese el sendero, ya de suyo

sumamente escarpado, sería preciso trepar muy trabajosamente, á la manera de las cabras, ayudándose con piés y manos. Es peligroso pasar la noche entre aquellas rocas, por donde se desliza el agua continuamente, azotado por el viento en medio de aquellas húmedas nieblas, que bastan para extraviar á cualquiera si no le acompaña un guía.

»En las montañas es preciso elevarse hasta llegar á la cima, y para alcanzarla en el Brocken el viajero se ha de cansar mucho. Cuando el bosque comienza á clarear, hállase una pendiente, donde se cruzan aún algunos árboles achaparrados y retorcidos; más allá el terreno está cubierto de un césped turboso, y no se tarda en divisar entre la niebla la torre del Brocken, junto á la cual está la posada. Gracias á los progresos de la época, en vez de pasar la noche en las nubes, encuéntrase en Brockenhaus un cómodo albergue: bonita habitación, con alfombras, sillas de tapicería, magníficas lámparas, buena estufa, lujo y comodidad, lo cual hace olvidar la tormenta que rugie fuera, pero todo esto se ha de pagar bien. Como en la posada hay unas cincuenta habitaciones con sus camas, se puede estar seguro de encontrar hospedaje.

»Completamente desnuda, la cima del Brocken presenta una ancha cúpula ligeramente redondeada, cuya superficie está cubierta de césped: es el Mons Bructerus de los romanos, famoso por la leyenda de la noche de Walpurgis, de la que Goethe ha hecho una de las escenas más conmovedoras de su drama *Faust*. Según la creencia popular, en dicha noche, todas las brujas del Harz se dirigen al Brocken montadas en escobas para celebrar su aquelarre entre el 30 de abril y 1.º de mayo.

»En la cima del Brocken, la temperatura media del año no pasa de 2°,4, ó sea el equivalente del calor recibido en la isla de Tromsoe, á los 70° de latitud en el extremo norte de Europa. Sin embargo, miéntras que en dicha isla se ven por julio campos de patatas y de cebada, frutos que maduran perfectamente, los ensayos hechos para cultivar verduras en el huerto de Brocken no han dado buen resultado. Como temperaturas extremas, se han observado en el Brocken + 27°,7 y -28°. Por término medio al año, la última helada se produce á fines de mayo, y la primera del 5 al 10 de octubre. No obstante, en 1840 heló ya en la cumbre el 22 de setiembre y el 25 de junio; de modo que en dicho año sólo hubo 89 días sin hielo, contándose cuatro meses enteros sin él en los años comunes. Los períodos de frios prolongados, por otra parte, no son más frecuentes en el



MARINA, cuadro por E. Dücker

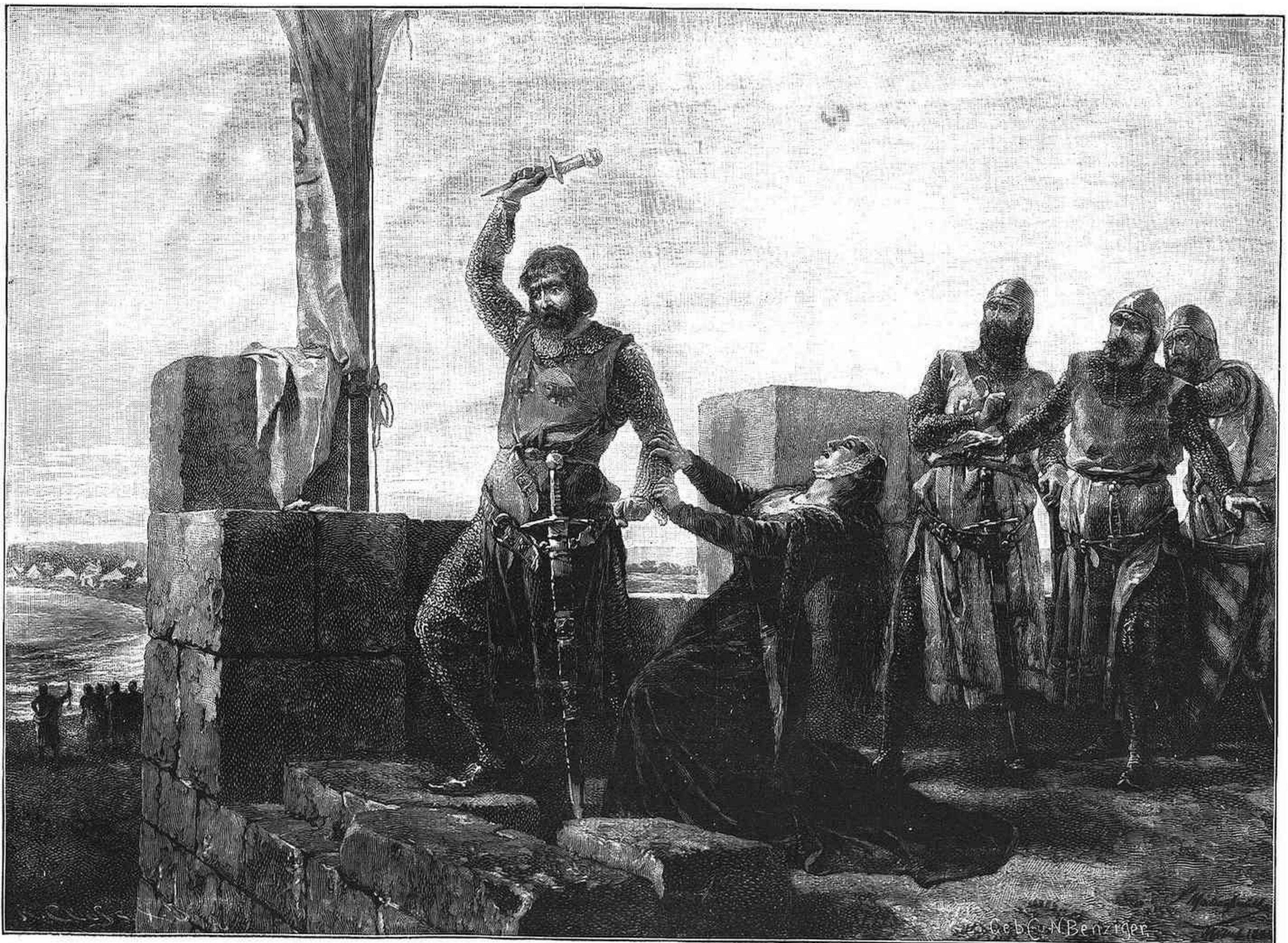
Brocken que en la llanura alrededor del Harz. El período más largo de frío observado en la estación fué el del mes de enero de 1838, en que el termómetro estuvo señalando diez y ocho días consecutivos menos de 19°, hasta el punto de helarse el agua del pozo que hay junto á la posada. Cuéntanse solamente, un año con otro, diez ó doce días de temporal, pero no son raros aquellos en que caen dos ó tres aguaceros, bien sea porque llegan ya formados de todos los puntos del horizonte, ó porque la

perse bajo su peso los hilos conductores. Una serie de fotografías del Dr. Assmann, confirma este hecho que muchos parecen haber puesto en duda. Estos efectos de la escarcha designanse en el Harz con el nombre de *Anhang*, que puede traducirse por *apéndice*. Unas gotitas de agua, de extremada finura, sumamente enfriadas, depositanse y se congelan bajo la forma de figuras cristalinas en la superficie de todos los objetos contra los cuales son arrojadas por las corrientes de aire. La mayor ó me-

cima del Brocken los divide ó los separa: los rayos caen con frecuencia.

»La cima del Brocken está cubierta todas las mañanas de brumas muy densas, y son raros los días completamente serenos, sobre todo en el otoño y el invierno. Los meses de abril y mayo son los menos nebulosos. Así como en los Vosgos, la cumbre misma del Brocken descuella á menudo sobre las nieblas, que cubren la llanura y las pendientes inferiores, siendo muchas veces tan espesas, que un hombre de regular estatura podría tener la cabeza sobre los vapores, miéntras que la parte inferior del cuerpo está envuelta por los mismos. En tales circunstancias aparece en ciertos casos el *espectro del Brocken*, visible á la salida y á la puesta del sol, cuadro fantástico que se observa particularmente en invierno. Los espectadores ven proyectarse su silueta, con proporciones aumentadas, en la superficie de la niebla, que parece salir de las nubes como una inmensa cortina; su cabeza parece rodeada de una aureola, y la sombra de los objetos que la rodean, particularmente la torre de la posada, adquieren dimensiones gigantescas en medio de un inmenso cuadro trazado por un arco iris. El mismo fenómeno se observa en la cima del Egischhorn, sobre el glaciar de Aletsch.

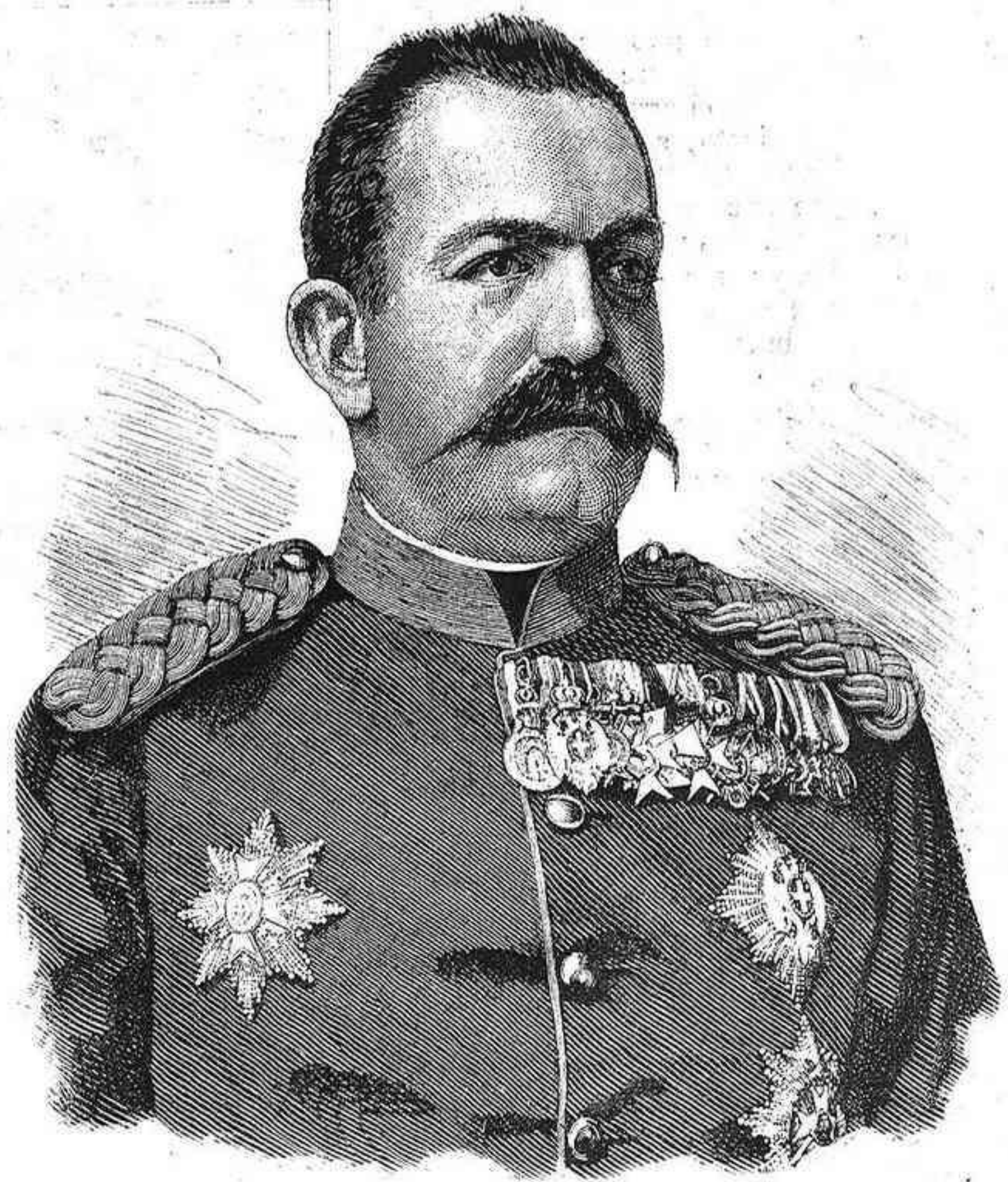
»Entre los fenómenos meteorológicos dignos de estudio en el Brocken, las precipitaciones de humedad, la lluvia y la nieve, el rocío y la escarcha merecen particular atención: Los vientos del oeste, cargados de vapor, determinan una condensación activa, aunque la altura del agua caída en la cumbre en forma líquida ó congelada no se ha comenzado á fijar con precisión hasta hace poco. En el Brocken se hacen desde 1836 observaciones regulares y continuas sobre la altura de las aguas; pero la nieve caída y la escarcha producen también considerables cantidades de aquel fluido, de las que aun no se tiene noción precisa. La escarcha es tan abundante, que al cubrir los postes telegráficos adquiere más de un metro de espesor, llegando á rom-



GUZMAN EL BUENO, cuadro por Martinez Oubells



EL PRÍNCIPE ALEJANDRO DE BULGARIA



MILANO I OBRENOVITCH, rey de Servia

nor conductibilidad de aquellos no tiene efecto aparente, atendido que la escarcha se produce igualmente sobre la madera y el hierro. La congelación de la gotita de agua microscópica aun líquida verificase al momento del contacto, bajo la forma de una aguja de hielo que se prolonga por la agregación de nuevas partículas en el sentido de la dirección del viento. La influencia de esta dirección sobre el aumento de la escarcha manifiéstase particularmente en los rincones y los ángulos detrás de las salientes de los edificios y de las rocas, donde la formación en figura de penacho indica de una manera muy sutil la desviación de la corriente de aire.

»Por el efecto de la escarcha, los paisajes del Brocken adquieren durante el invierno un aspecto fantástico, sobre todo á la luz del sol, que hace brillar las facetas de los innumerables y pequeños cristales. Todos los objetos expuestos al viento comienzan por revestirse de finas agujas que se prolongan cada vez más contra la corriente de aire. Las ramas de los árboles, de los pinabetes, se inclinan bajo el peso de esa escarcha; despues brilla el sol; las capas superiores se funden lentamente, pero el agua que baja á lo largo de las ramitas, apenas llegada á la sombra de las agujas que se hallan encima, congélase de nuevo,

prendiéndose una gota á la otra; y poco á poco, los diminutos témpanos así formados se agrandan; mientras que los depósitos de escarcha continúan aumentando cada vez más sus dimensiones. A causa de la alternación prolongada del sol y de la helada, la cantidad de escarcha y de hielo llega á ser tal, que las copas de los pinabetes se deforman y rompen con frecuencia por efecto de la presión, ó bien los árboles trasformanse en pirámides de hielo, cuando la helada sigue una marcha regular, soldando las ramas entre sí á partir desde el nudo, de modo que se arquean. En una de sus excursiones al Brockenhaus en los últimos días del pasado octubre, M. Assmann encontró rotos los hilos telegráficos entre la mayor parte de los postes (el telégrafo se ha establecido para el servicio de la hospedería durante el verano); en los puntos en que el alambre se sostenía aún, semejava una guirnalda de deslumbrante blancura, de veinte á veinticinco centímetros, que casi tocaba al suelo. El posadero del Brocken, que tuvo la curiosidad de averiguar el peso de algunos alambres de un metro de longitud, reconoció que en varios de ellos el hielo llegaba á diez y seis kilogramos, ó sea quinientos setenta para toda la longitud del alambre entre dos postes. ¿Qué tiene de particular que en tales condi-

ciones se rompan los hilos telegráficos todos los días durante el invierno? En cuanto á los postes, la escarcha los trasformas, en dirección del viento, en un verdadero pilar de cincuenta á sesenta centímetros de espesor al nivel del suelo, cubierto de nieve, pero cuyo diámetro aumenta hácia arriba, hasta alcanzar una anchura de dos metros en la cima, cerca del punto de enlace de los hilos. El Dr. Assmann asegura haber medido postes que tenían 2^m,90 de diámetro, habiendo tomado la cabeza del poste, en el aislador, la forma de un hongo en saliente (fig. 2). Hasta en los barras de hierro fijadas en lo alto de la torre, en forma de reglas cuadradas de tres centímetros de lado, la escarcha tenía cuatro metros de longitud sobre 2^m,5 de altura y 2 metros de espesor.

»Los bosques de pinabetes adquieren, bajo la influencia de la escarcha, un aspecto sumamente fantástico, en que la imaginación descubre todas las formas posibles (fig. 1.) Cuando las nubes del Brocken son muy espesas, el depósito de escarcha adquiere más de cincuenta centímetros en el espacio de veinticuatro horas, y muchas veces la cima de la montaña no recibe sol durante un mes. Fácil es comprender qué inmensa cantidad de agua producen estos efectos de escarcha, y cuánta dificultad ofrecia medir

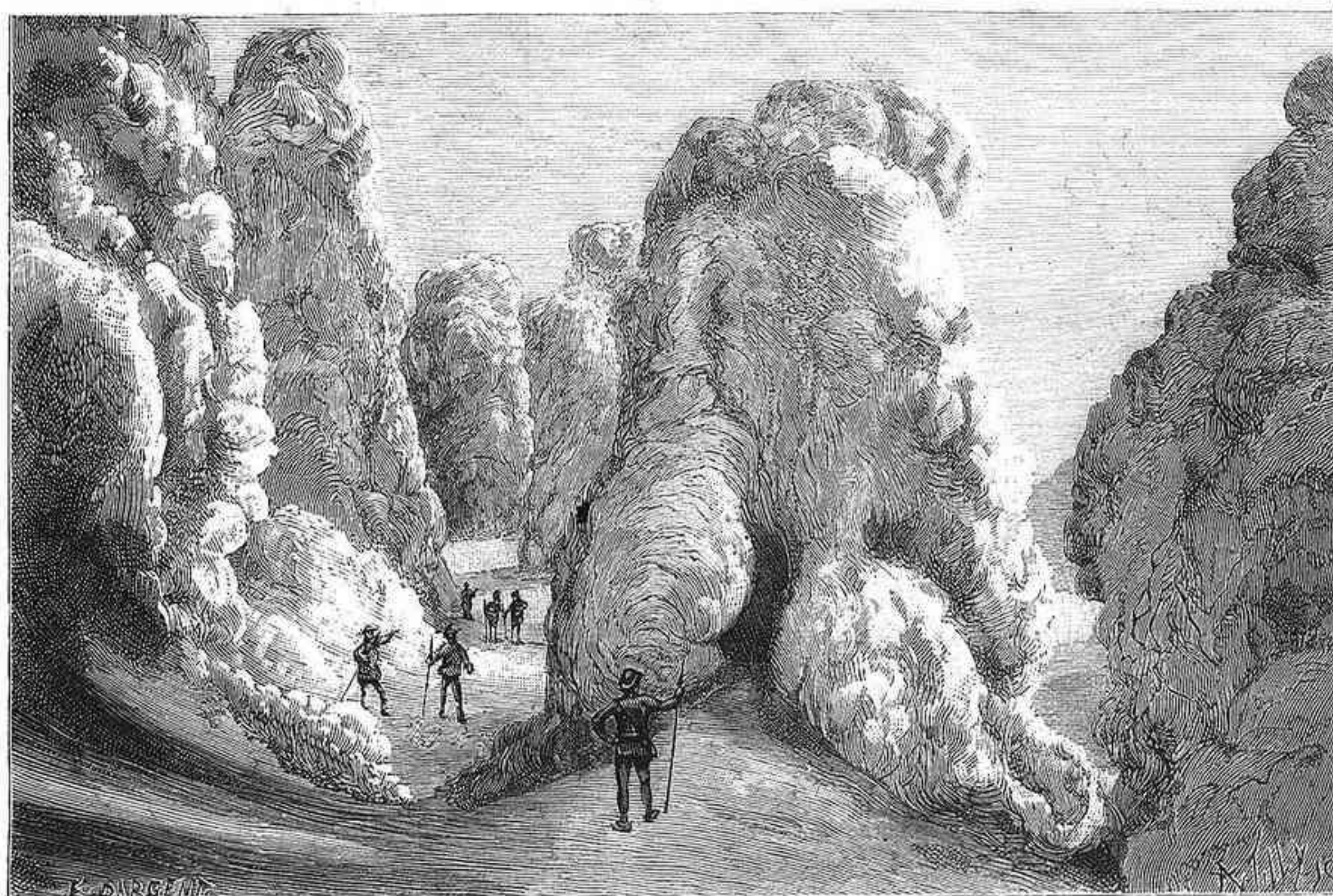


Fig. 1.—Pinabetes cubiertos de escarcha y trasformados en molés de hielo en el Brocken, según una fotografía del Dr. Assmann.

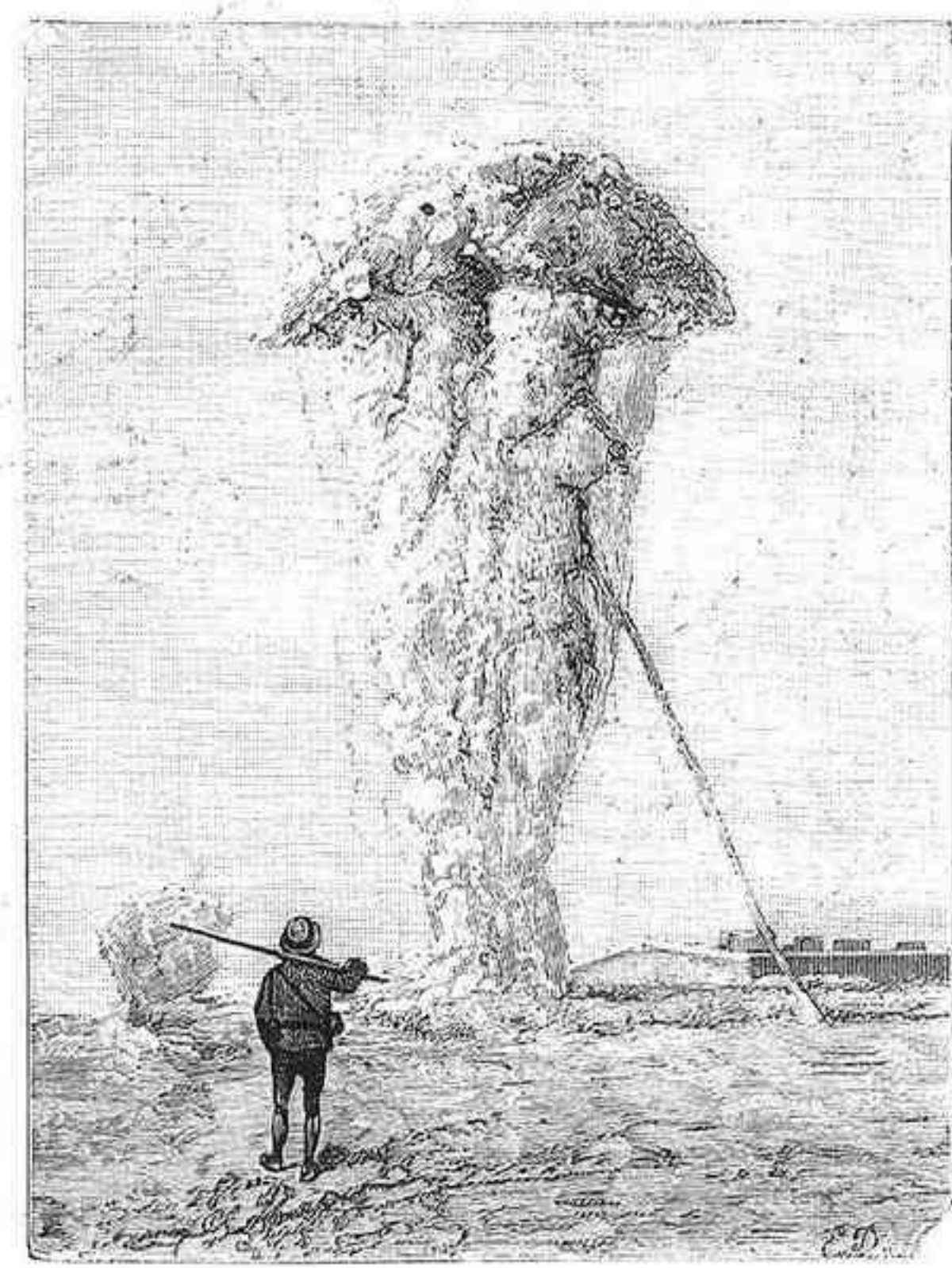


Fig. 2.—Postes telegráficos cubiertos de escarcha en la cima del Brocken, según una fotografía del Dr. Assmann.

la altura anual de las precipitaciones acuosas en tales condiciones. Sobre las superficies cubiertas de césped, esta masa es ménos considerable que en los bosques, donde la condensación del rocío produce igualmente considerables cantidades de agua. Las observaciones del Dr. Assmann, que acaba de instalar en Brockenhaus un nuevo udómetro, por medio del cual se evaluarán en lo futuro las cantidades de nieve, demuestran que la escarcha se deposita en el Brocken cuando la temperatura baja de 0°; las gotitas de agua que forman las nubes, mántiense en estado líquido hasta -10° y -13°, para

congelarse al contacto de un cuerpo sólido, formando depósitos de escarcha en figura de penacho en sentido opuesto á la dirección del viento. No he podido comprobar estas observaciones en mi excursión del 17 de mayo, y la niebla me impidió contemplar el panorama del Harz desde lo alto de la torre del Brocken al salir el sol. Durante la noche nevó mucho; pero al bajar por la mañana á Ilsenburg, apenas hube llegado al lindero del bosque, hallé un tiempo magnífico. El penacho de nubes se habia limitado á la cumbre misma del Brocken, y un cuarto de hora despues ví la montaña fatídica, que

parecia sonreír á la luz del sol, despues de recibir bajo el azulado cielo su manto de bruma. Ya no encontraba tormenta de nieve, ni siquiera niebla; todos los vapores grises y blancos, tan espesos por la mañana, habianse desvanecido como por encanto; y así es que mi bajada á lo largo del Ilse fué muy alegre, y la efectué en ménos de dos horas, es decir, la mitad del tiempo que habia empleado la víspera para subir. Despues de visitar las fábricas del condado de Stalberg-Wernigerode, tomé el camino de hierro para ir á visitar las minas de Goslar y de Clausthal, notables por su riqueza.»—C. G.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON